

LAS TRANSFORMACIONES DE LA POLÍTICA

POR

JUAN CAYÓN

1. Salutación.

Muchas gracias, queridos amigos, por estar hoy aquí con nosotros, participando en estas XLV Jornadas de amigos de la Ciudad Católica. Gracias por seguir siendo fieles y por estar aquí un año más, dando testimonio de que aún hay quienes creen firmemente que es posible la Ciudad Católica, el Reinado social de Nuestro Señor Jesucristo, y la acción cívica y política sin renunciar al magisterio que siempre fue de la Iglesia Católica Apostólica y Romana, única posible en la que puede encontrarse la salvación. Precisamente por ello, nuestro empeño en perseverar a través de la formación cívica y la acción cultural según el derecho natural, no debe encontrar desaliento por difíciles que sean las circunstancias.

2. Las jornadas del año pasado.

El año pasado se celebraban en este mismo salón las XLIV jornadas de amigos de la Ciudad Católica, a las que por causa mayor

que algunos recordáis no me fue posible asistir como hubiera sido mi deseo. Sin embargo, me parece que en esta breve introducción que se me ha solicitado, no podemos por menos que recordar su temática que, sin duda, presenta una estrecha ligazón con la que hoy nos congrega.

Entonces se habló sobre el modernismo, esa herejía de herejías, síntesis de todas ellas, condenada por la encíclica *Pascendi* del último papa santo y que fue analizada desde muy distintos puntos de vista: Jorge Soley la encuadró en la historia y su contexto, José Antonio Ullate la rebatió implacablemente en su penetración en la teología y José Miguel Gamba debeló sus errores filosóficos.

Pero fueron las intervenciones de nuestros queridos amigos de allende nuestras fronteras, Danilo Castellano y Bernard Dumont, también hoy aquí presentes, con el colofón final del siempre incisivo Miguel Ayuso, quienes, al referirse al modernismo en su relación con la política y la sociedad de nuestro tiempo y por tanto tras la mencionada encíclica, y desmenuzando sus consecuencias devastadoras, dejaron encarrilado, probablemente sin haberlo querido en aquel momento, el tema de nuestra reunión de hoy.

3. Revolución, modernismo y transformaciones de la política

Hace años, también en este mismo foro, estudiamos el tema de Revolución y Contrarrevolución. Concluimos entonces que la Revolución, hoy transformada en la fase llamada “débil” de la postmodernidad, es la doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de sobre la voluntad de Dios. La “disociedad” actual, pues no creo que en puridad se pueda hablar de orden o sistema, rechaza la existencia del derecho natural, procura el olvido de la tradición y de la comunidad y deshace los lazos sociales naturales, destruyendo todo para intentar construir después una utopía idealista, operada fundamentalmente a través de la ideología y la tecnocracia.

Este sometimiento de la verdad y de lo bueno a lo útil y lo

inmediato, éste romper la armonía entre inmanencia y trascendencia para quedarse en el hedonismo materialista, esta constante subversión del principio de totalidad en favor del totalitarismo más implacable, adquiere precisamente en los tiempos modernos su desarrollo máximo, por más que la ya innegable crisis del Estado pueda engañarnos haciéndonos creer lo contrario. Y las mal llamadas democracias actuales, los Estados o sus ámbitos aún supervivientes y las raíces ideológicas sobre las que unas y otros se fundan, están transformándose a modo de mutación genética, en algo distinto aunque igualmente peligroso, si cabe más perfeccionado y sutil, pero idénticamente dañino.

4. Un repaso del programa.

En esta ocasión, para hablar precisamente de este tema concreto, *Las transformaciones de la política*, contaremos primeramente con Javier Barrycoa, profesor de la Universidad de Barcelona, quien disertará en seguida sobre el tema “De la nación histórica a la nación cívica”, cuestión de indudable interés, especialmente en un momento crucial para nuestra Patria, cuando se sostiene por algunos de los dirigentes de la partidocracia dominante que el concepto de nación es discutido y discutible, y los órganos del legislativo han sancionado leyes orgánicas en forma de estatutos de autonomía que pivotan, precisamente, sobre la dilución del concepto de nación. Y lo peor es que por toda oposición formal, se sostiene lo mismo salvo pequeños matices que apenas difieren en el fondo de la cuestión.

Por su parte, uno de nuestros queridos maestros y amigos, Dalmacio Negro, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, tratará después “Del gobierno a la gobernanza”, entiendo y si no es así ya me corregirá, que para explicarnos que si el gobierno precedió al Estado, pues aquél es intemporal y éste histórico, la crisis de éste ha vuelto a poner en el primer plano a aquél a través de lo que se llama “gobernanza” y que si se pretende democrática resulta a la postre más bien tecnocrática.

Y enlazando con ello, Juan Fernando Segovia, catedrático de Mendoza e investigador del CONICET, llega desde el Ultramar

precisamente para exponer “De la democracia representativa a la democracia deliberativa, pasando por la tecnocracia”. Para la sociedad convertida en masa es imprescindible un poder rector que le suministre qué y cómo pensar, ya que el bien común, criterio tradicional de intervención de las organizaciones sociales superiores, se transmuta restringiéndose en el mejor de los casos al mero bien material, que por lo demás muchas veces ni siquiera se consigue, prescindiendo deliberadamente de otras vertientes que constituirían el concepto clásico y formándose un círculo vicioso que, como nuestro maestro Juan Vallet explicó acertadamente entre nosotros hace ya tiempo, la tecnocracia se encarga de hacer girar creando y solucionando necesidades ficticias pero sin atajar los problemas reales de la sociedad humana.

De la Universidad de Udine viene también este año nuestro queridísimo amigo Danilo Castellano, quien disertará sobre “De la comunidad política al comunitarismo”. Es obvio que la comunidad política, entendida en sentido clásico, ha sido dinamitada por la modernidad convirtiendo el convivir en mera coexistencia, yuxtaposición de individualidades. Sin embargo, entre los signos contradictorios propios de una crisis como la que nos ha tocado vivir, parece que la imposibilidad manifiesta de fundar el nuevo orden social en esa mera coexistencia o yuxtaposición, lleva a la postmodernidad a avanzar en figuras que, bajo la apariencia de un renacer de la verdadera comunidad ahora con la “marca” o denominación de comunitarismo, en realidad reducen la comunidad a pequeños círculos en los que la adhesión a algunos ideales da carta de naturaleza al reconocimiento del grupo, lo que es en sí mismo igualmente individualista, por más que en apariencia se muestre como su contrapunto: individualismo, aunque colectivo, que en puridad sigue negando la verdadera comunidad, pues desatiende la naturaleza del orden social en su verdadera estructura.

Bernard Dumont, director de la revista *Catholica*, finalmente abordará el asunto “Del laicismo a la laicidad”. Esa nueva laicidad que no reconoce Verdad o que, si puntualmente la tolera, no la considera cognoscible o la circunscribe a un espacio y un tiempo; esa laicidad que confiere a la libertad un sentido absolutamente impropio y contrario a la Verdad; esa laicidad que posi-

ciona lo justo en la mayoría de electores efectivamente votantes; esa laicidad que niega la dimensión realmente política del ser humano y que, en definitiva, disuelve al hombre en el relativismo absoluto y convierte a lo que queda del Estado en mero garante de una pretendida neutralidad religiosa, lo que en la práctica posiciona a dicho Estado en enemigo declarado de la Fe que profesamos, como por desgracia vemos cada día en los noticieros.

Finalmente, el incombustible Miguel Ayuso presentará la comunicación de cierre que lleva por título “La vanificación de la política”: en un mundo en el que todo se hace mundano, se materializa y degrada, en un momento indudablemente epocal como el que nos ha correspondido vivir, ¿dónde queda aquella visión de la política que precisamente Miguel Ayuso nos explicaba en distintas páginas de juventud y que han sido recientemente reeditadas en forma de libro por Nueva Hispanidad bajo el sugerente título *La política, oficio del alma?*

Permítanme precisamente terminar con unas líneas tomadas directamente de dicho libro, que creo muy a cuento respecto de nuestro enfoque: “La política que merezca verdaderamente ese nombre, ha de fundarse en una doctrina. La auténtica llamada política no tiene que ver con la ironizada por Gustave Thibon al presentar a unos hombres que se destrozan mutuamente para decidir si la casa ha de pintarse de azul, de verde o de rojo, sin advertir que está a punto de desplomarse. No se trata de un brillante barniz o un alicatado de color. Al contrario, es un cimientito, una roca. Pero, indispensable, la doctrina, no basta. Sin el quehacer de unos servidores en que encarne y encuentre su puesta en ejercicio, queda inoperante”.

Sirvan estas palabras para excitar definitivamente nuestro compromiso o al menos hacerlo aún más firme. Hoy recibiremos recta y sana doctrina por boca de buenos expertos y amigos. Reputados y verdaderos intelectuales, y con esto no pretendo ofenderles sino rendirles cumplido y merecido homenaje. Pero no basta sólo con asentir por mucho que lo hagamos de corazón, ya que de nada serviría todo esto si nuestro empeño por la Ciudad Católica termina con la sesión de trabajo de hoy y no trasciende

a nuestros respectivos ámbitos familiares y profesionales, cada día y hasta conseguir el restablecimiento de la auténtica política.

Aun consciente de no tener ninguna legitimidad para ello, permitidme que termine con esta reflexión en voz alta. Quienes tenemos indudable vocación política y, qué duda cabe, todos los que aquí estamos la tenemos bien intelectual o académicamente hablando, bien en una vertiente más operativa, tenemos el ineludible deber de trasladar esa doctrina sobre la que hoy escucharemos sabia opinión al día a día. Es nuestra obligación como católicos y ruego a Dios que cumplamos con ella.